

Mi mujer y yo

—No le demos más vueltas,

pues la vida es así:

de la duda, la sombra,

las huellas de sufrir,

la angustia, la amargura,

la tristeza sin fin.

—Un rayo de luz basta

para hacerme feliz.

¿Es sincera? ¡Quién sabe!

posiblemente, sí.

PEDRO ROMERO MENDOZA

EL ALQUICEL BLANCO

(LEYENDA)

Por CARLOS CALLEJO



BERNARDO de Besalú, señor del condado y castillo del mismo nombre, fue un caballero adornado de las más relevantes prendas que podían hacer a un señor feudal de su tiempo. Querido de sus vasallos, respetado de sus vecinos y protegido de los monarcas de quienes era feudatario.

Un hombre cuyo carácter bondadoso y dulce contrastaba con la violencia de pasiones y rudeza de sentimientos que era la tónica de aquellos tiempos de hierro. Y no es que a Bernardo le faltara valor ni entereza, pues de ellos y de su ánimo esforzado había dado pruebas bastantes en diferentes y gloriosas empresas, bien al frente de sus guerreros o aliado a los Condes de Barcelona y Urgel en sus luchas contra los árabes.

Lo que en definitiva revestía de humanidad y dulzura la figura del conde de Besalú, al mismo tiempo que constituía la principal marca de su carácter, era su sincera piedad, la identificación de los principios del Cristianismo que él servía, en la paz como en la guerra, a diferencia de otros señores, que en el fragor de los combates enarbolaban el estandarte de la Cruz, mientras en la vida particular de sus castillos olvidaban, entre ambiciones y pasiones, la doctrina del Crucificado.

Jamás indigente alguno llamó en vano a las puertas de su castillo, fuera romero, peregrino o simplemente errante buhonero o juglar, de los muchos que en aquella época recorrían los caminos. Nunca se supo que ejercitara sus derechos feudales con menosprecio de la más íntegra justicia, y en cambio, se contaban por millares sus buenas obras y eran muchas las iglesias y monasterios que se habían fundado o se mantenían, a expensas suyas.

Pero entre todas sus virtudes, tenía el Conde una especial devoción a la Madre de Dios, a quien encomendaba todos los actos de su vida con la ternura y veneración de un niño.

Sin embargo, el Conde de Besalú no era feliz; el cielo le había concedido dones y poderío suficientes a colmar una ambición que él no sentía; en cambio, le había negado algo por lo que el noble caballero hubiera dado de buena gana todos sus títulos y blasones.

Dueño de uno de los más prósperos condados de Cataluña, señor de muchísimos lugares, valles y castillos, poseedor de una sólida reputación entre los príncipes cristianos, Bernardo, carecía en cambio de una cosa que el más vil de sus pecheros quizás tenía: una esposa cariñosa y fiel.

La Condesa Ermengarda, con quien, según el uso de aquel tiempo se casara sin conocerla siquiera y para signar con un sello de carne una alianza política, ni amaba a su marido, ni era digna de ser esposa de un caballero como él. Criada en otras tierras, extraña en aquellas costumbres, y falta de amor y de piedad, había caído en la horrible mezquindad de profanar la honra y el hogar del Conde durante las largas temporadas en que las guerras o las intrigas políticas le mantenían alejado del castillo. Y era Guerau de Torelló, el «veguer» o escudero mayor del Conde, el hombre que más favores debía a su señor, el que había seducido a su infiel esposa, pues la increíble vesania de las almas perversas se complace siempre en pagar las mayores bondades con la más negra traición.

Por algún tiempo mantuviéronse las relaciones entre los culpables dentro de una discreta oscuridad y secreto. Mas la pasión y locura de aquellos desgraciados creció de tal modo, que no bastándoles ya el esconderse, quisieron que su unión saliera a la faz del mundo desprovista de los infamantes estigmas que tenía y que podían convertirse en un inaudito escándalo. Para lograr sus fines llegaron hasta el límite de tramar la desaparición de la única persona que estorbaba a su pasión..... Si muriera el Conde, al traidor veguer no le sería difícil constituirse en protector de la viuda, para después casarse con ella y llegar hasta a usurpar el puesto que la nobleza de la sangre de Bernardo, y el mérito de estas obras, habían conquistado en el país. Horrorizados la primera vez ante este pensamiento, no tardaron en encontrarlo grato y deseable después, y..... por último fue tal la ofuscación de sus conciencias, que, en un momento de olvido de su condición de humanos, acordaron hacer desaparecer al hombre que les estorbaba, a su bienhechor, el buen Conde Bernardo.

II

Una tarde, ya avanzado el crepúsculo, cuando los últimos rayos del sol se extendían por el ocaso, penetrando por los intersticios de gran-

des y densas nubes, que iban lentamente rellenoando el cielo, cabalgaba el Conde de Besalú, al buen galope de su caballo tordo, en dirección a su castillo, bien ajeno a que poco antes de llegar a él le esperaba la negra muerte, arteramente escondida entre los matorrales.

Cabalgaba el Conde solo, que por eso el traidor escudero había escogido aquel día para ejecutar sus designios. Un airecillo violento, precursor de una tormenta que se cernía a lo lejos, azotaba su rostro, e inflaba como una vela su capa, blanca como la nieve, y recamada finamente de oro. Era esta prenda una especie de alquicel, de que le había hecho presente el wali árabe de Lérida, Aben-Ganía, en una ocasión en que fuera a visitarle, como embajador del Conde Ramón Berenguer. Bien por este timbre de honor, bien por el aire exótico y majestuoso que le daba, Bernardo gustaba de envolverse en aquella suntuosa prenda.

A menos de una milla de distancia, tétrico y sombrío como un fantasma, llevaba el mismo camino el traidor Guerau, ávido de ver realizado el monstruoso crimen, e inquieto por las punzadas del remordimiento.

La noche iba avanzando; a lo lejos retumbaba el trueno amenazador, y algunos relámpagos iluminaban el horizonte con resplandores rojizos. Bernardo de Besalú espoleó a su caballo, deseoso de llegar cuanto antes al comfortable salón de su castillo, cuando se oyó un trueno horrisono e interminable, como si recorrieran el horizonte de parte a parte, un escuadrón de carros infernales. El caballo tordo del Conde se detuvo en seco y en aquel momento hirió los oídos del jinete el tañido dulce y apagado de una campana. Bernardo prestó atención y por la inflexión del timbre conoció no ser la de su castillo. De una ojeada reconoció el panorama, levantó la cabeza y al punto averiguó de donde salía aquel lejano toque.

Antes de llegar al puente sobre el Fluviá, existía, junto al camino, una colina de faldas ásperas y breñosas y en lo alto de ella un viejo ermitaño, bien conocido del Conde, mantenía una lamparilla de aceite ante el altar de una antigua imagen de María. Era Bernardo muy devoto de aquella imagen que de un modo milagroso, contaba la leyenda, había llegado a aquel paraje, mas la hora y las circunstancias no le permitían subir a rezar ante ella un Ave María como era su costumbre. Comenzaban ya a caer algunos goterones de agua y el conde picó espuelas a su caballo, pero con sorpresa suya el animal no movió ninguno de sus cascos; tornó a espolearlo vivamente y sólo logró que se encabritara su cabalgadura sin que fuerza humana consiguiera hacerle avanzar un solo paso. Al mismo tiempo, llegó otra vez a sus oídos el suave tañir de la campana de la ermita, Nunca le había parecido a Ber-

nardo tan agradable aquel sonido, ni tan suaves sus inflexiones; resonaba en sus oídos como una música extraña y angélica, y parecía como si desde las alturas le llamara con voz insinuante. Entonces se sintió movido por una devoción a la Virgen que jamás había sentido tan honda. Algo irresistible le impedía pasar de largo y seguir su camino sin saludar en aquella capillita a la Reina de los Cielos. La colina era breve pero peñascosa y árida, el Conde se apeó de su caballo, se despojó del blanco alquicel, que le habría estorbado en la ascensión, y subió con paso firme por la estrecha senda hacia la dulce campana que le llamaba con insistencia, dejando capa y cabalgadura en medio del camino.

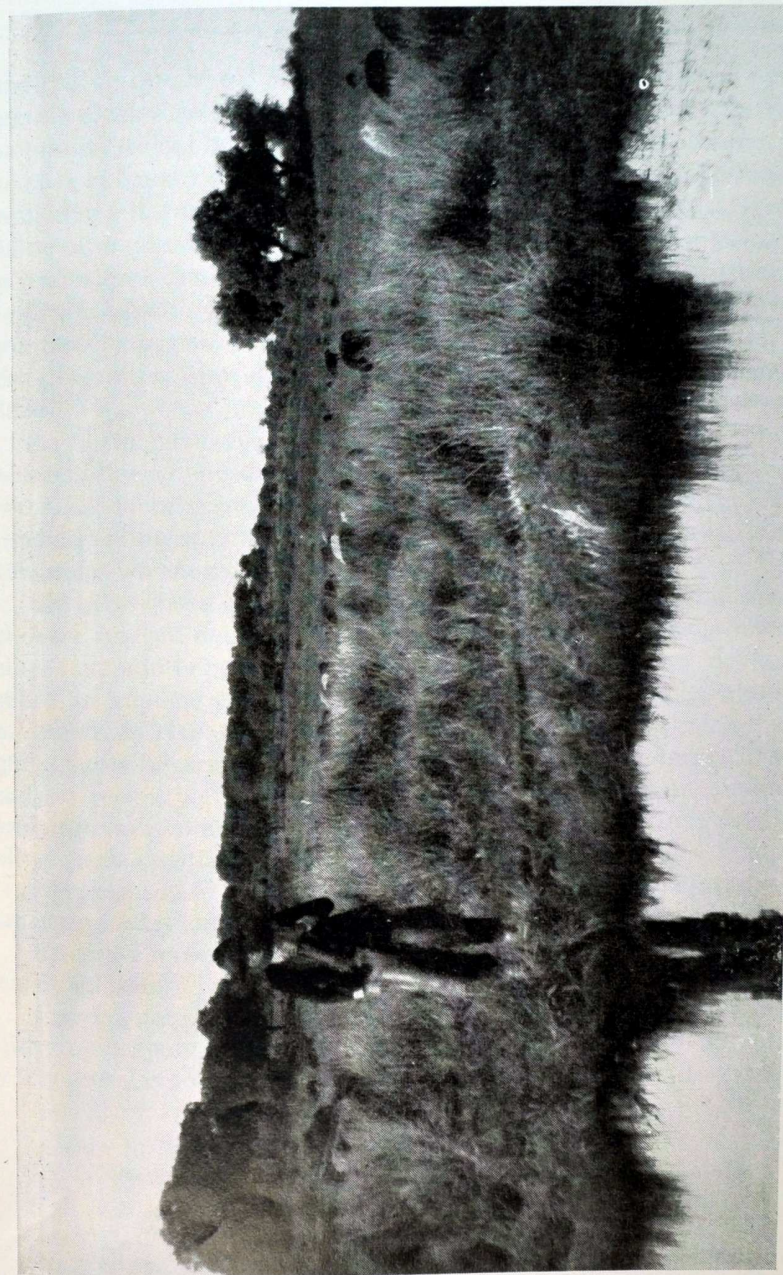
Pocos minutos después llegaba a aquel paraje Guerau de Torelló. La noche había cerrado ya y sólo su densidad era vencida a veces por el surco de un relámpago. A la luz de uno de ellos columbró el miserable el caballo tordo del Conde en medio del camino. Un estremecimiento de pavor circuló por sus venas, y le erizó los cabellos. ¡Ya estaba consumado el crimen! Los asesinos comprados por él habían dado muerte a su señor, y como muestra viviente de aquel horror, erraba por las inmediaciones su fiel cabalgadura. Guerau hundió la cabeza en su pecho preso de un sentimiento de terror; mas pronto reaccionó su soberbia malignidad; lo hecho, hecho estaba; ahora ya no había por qué volverse atrás. Bernardo no existía. Su propio camino, el camino de la ambición y las pasiones, estaba libre. Lo demás ¿qué importaba? Alzó los ojos y vio a su lado al caballo tordo y colgando de su arzón, la capa blanca que solía llevar el Conde Bernardo. Una insana y réproba alegría se apoderó de Guerau. Todo era suyo ya. Era suya la condesa, era suyo el castillo, era suyo el noble caballo tordo y hasta era suyo el blanco alquicel del rey moro..... Y preso de una trágica vanidad, saltó sobre el caballo del conde, se envolvió en la capa recamada y dio una espantosa carcajada, cuyos ecos devolvieron los bosques.

—¡Adelante, Guerau de Torelló, Conde de Besalú!

El caballo tordo partió como un rayo con dirección al castillo. Apenas hubo atravesado el puente, cayó sobre él una cuadrilla de negros fantasmas, que derribaron al jinete, y lo cosieron a puñaladas.

* * *

Inmóvil, con el rostro desencajado, y los ojos clavados en el sangriento despojo, la capa blanca de su marido que, manchada y hecha jirones, acababa de presentarle, como prueba de su criminal acción, uno de los pagados sicarios, la Condesa Ermengarda sentía sobre su conciencia todo el peso de su horrible crimen. Ciega, desatentada por



NUESTROS ARTISTAS DE LA CÁMARA: «Paisaje extremeño». (Foto de Tomás Martín Gil).

una pasión que le ardía en las entrañas, no vaciló en dar el consentimiento al asesinato que le había propuesto Guerau, pero ante la prueba palpitante del hecho, sintió vergüenza y horror de si misma, desvaneciéndose el bastardo placer a que había aspirado, y sólo tuvo alma para lamentar y llorar sangre sobre la memoria de aquel crimen, arrepentida de él demasiado tarde. Ahora, al contemplar aquellos jirones desgarrados, por donde se había escapado su vida, conocía la miserable el valor de aquella noble sangre, veía a su marido valeroso, comedido y amante, incomparablemente superior a aquel enteco villano en quien ella pusiera los ojos. ¡Oh! lo que hubiera dado ella por desandar lo andado!

La noche avanzaba, continuaba la tempestad, y la infeliz condesa se revolvía por su aposento sin saber qué hacer. Ora caía de rodillas para rezar, ora se retorció las manos y mordía sus labios entumecidos, esperando que uno de aquellos rayos cayera sobre su cabeza y la fulminara vengando tan monstruoso asesinato.

Sin atreverse a echarse en el lecho, derrumbada en un sillón como viviente imagen del remordimiento, devoraba Ermengarda sus cavilaciones cuando le pareció que entre el monótono golpear de la lluvia sobre los tejados, y el siniestro silbido del viento entre las almenas se oía un ruido claro y distinto cerca de su aposento. No cabía duda, alguien subía la escalera que conducía a su puerta. Se oían pisadas repesadas y recias, bien distintas del cauteloso caminar de su amante; sin embargo no podía ser otro que el veguer que venía a entrevistarse con ella y darle cuenta del crimen,

Ermengarda se estremeció de pies a cabeza. Aquellas pisadas le resonaban en las entrañas y le erizaban el cabello.

En aquel momento se abrió la puerta del aposento y apareció Bernardo de Besalú.

Fue un golpe espantoso; la culpable se abalanzó sobre él con los ojos desenchajados y las manos en alto. Un momento estúvole mirando y terminó dando un grito desgarrador.

—¡Tú!...

Y cayó cuan larga era sobre el pavimento.

* * *

De rodillas, pálida como un muerto, y con voz entrecortada, la Condesa Ermengarda hacia ante su marido la confesión de todos sus delitos hasta la conjura infernal que la justicia divina había vuelto sobre el asesino.

La infeliz terminó su relato y arrojada de bruces esperó que la espada de su señor la atravesara de parte a parte en justo castigo a su crimen. Pero Bernardo continuaba inmóvil.

—«No me mata, —pensó etla— me reserva otro castigo; sin duda, me arrojará de su castillo con el estigma infamante del repudio y la deshonra hacia mi familia». Se atrevió a levantar la cabeza y a través del velo de las lágrimas pudo ver la fisonomía del Conde. La estaba mirando con dulce serenidad, y nada revelaba el propósito de infligirle aquel castigo. Entonces adivinó el proyecto de su marido. Ni la muerte ni la deshonra. Era demasiado bueno para ella, pero en justa expiación la enviaría a un monasterio donde purgar sus maldades con una vida de austera penitencia.

La mujer acabó de levantar la cabeza y esperó la sentencia del esposo. Al fin, Bernardo, con voz tranquila y dulce, le dirigió unas pocas palabras:

—Ermengarda, agradece a la Madre de Dios, que haya impedido que sobre tu cabeza cayera un crimen tan repugnante. El que está en los cielos, castiga al réprobo y se apiada del débil. Dios se ha apiadado de ti y te ha perdonado. También te perdono yo...

La Condesa Ermengarda cayó a los pies de su marido y los bañó en lágrimas.

* * *

Y éste es el origen que la leyenda da al monasterio de Santa María de Besalú, fundado por Bernardo en conmemoración del milagro que le salvó la vida, y que muchas generaciones y muchas tempestades han traído a la ruina en que hoy se encuentra.

Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, acaba de aparecer la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos al autor: Antonio Hurtado, 2 - Cáceres, a Servicios Culturales o a la Revista «ALCÁNTARA»

NUESTROS CLASICOS

Farsa de Salomón

(FRAGMENTO)

R.—Yo soy el rrey de ysrrael,
pacífico salomón,
a quien Dios dió tan gran don
muy más dulce *que* la miel;
rrecibí de mano dél
gran tesoro de la çiençia,
con que peso mi sentencia,
por justo peso y nivel;
por mostrar lo que quería
me mandó Dios *que* pidiese;
yo supliqué me diese
sola la sabiduría;
y visto quan bien pedía
diómela, con sus larguezas,
y aun dióme las riquezas
y fama de gran valía.

En el saber *que* me dió
a todo el mundo excedí;
antes ni después de mí
no fué sabio como yo;
y lo que más me añidió
fué la honrra, tanta y tal,
qual nunca la tuuo igual
algún rey que precedió.

Y si anduuiese las vías
de Dios, siéndole sujeto,
como mi padre perfeto
prometióme largos días;
yo puse las fuerças mías